**CAPÍTULO I**

**La avaricia**

Cansado de sostener la luz para que los dos obreros abrieran el hueco en la pared, Francisco Arana vio la superficie oscura de la caja, abandonó la lámpara en el suelo y adelantándose bruscamente, se apoderó del tesoro.

Aún en el aire se expandía el polvo gris con su olor húmedo; aún brillaban en las frentes las gotas de sudor por la jornada agotadora y justo cuando uno de los hombres apretaba la pica entre sus manos, sintieron el viento frío en sus espaldas y oyeron las campanas de la catedral marcando las dos de la mañana. En ese momento la lámpara se apagó y todos salieron a correr. Todos menos Francisco Arana.

Pero lejos de ser un acto de valentía que pudiera contar cuando reuniera en su casa a los más poderosos de la provincia, la firmeza que mostró a la hora de quedarse con la preciosa carga entre las manos no fue otra cosa que la inmovilidad del pánico, la parálisis del miedo agazapado en un punto específico en el pecho, como un tizón clavado entre los pulmones y el corazón que girara y destrozara su cuerpo haciendo circular borbotones de sangre fría.

Tampoco fue valiente cuando pagó los servicios de un abogado para obligar a Salomón Cabrales que vendiera su casa, ni mucho menos cuando contrató su ejecución, allanando el camino para despojar a la viuda.

Pero estos pecados y todos los demás cometidos, como la ambición, la corrupción en las oficinas públicas, el abuso del poder, vistos en perspectiva le parecieron sentimentalismos y cuentos de niños comparados con la sensación devastadora que sintió cuando descubrió su enfermedad entre la correspondencia; allí, entre los exámenes de laboratorio estaba la prueba irrefutable de su estado. En el sobre abierto y abandonado sobre la mesa del comedor encontró el veredicto y en ese momento se maldijo por no haber corrido esa noche con las manos libres en busca de un aire más limpio. Terminó por consolarse al pensar, apretando las sábanas, que no todo podía estar contaminado y que seguramente existía un lugar en donde otro aire le llenara los pulmones y arrastrara fuera de su cuerpo el polvo que se había colado por sus narices para incubar la enfermedad.

Pensó con optimismo que encontrar el sitio adecuado para la sanación era cuestión de tiempo. Pero entonces, cumplidos todos los plazos fijados, agotados los itinerarios y las citas médicas, tuvo que conformarse con el horror presente y con la cruda realidad de su próxima e inevitable caída. Sin otra alternativa se reprochó la falta de previsión, ahora que le faltaba el aire, cuando la sangre le hervía quemándole las venas, escurriéndose desde la boca apretada y lacerando la garganta como si tragara lava. Se arrepintió de su avaricia mientras se avivaba el fuego en el estómago y le quemaba los intestinos como si digiriera una antorcha. Maldijo en voz alta su suerte y apretó los ojos para aislarse del mundo e imaginar el volcán activo de su cuerpo y con esa imagen entre pecho y espalda, sintió que un trozo de hielo se derretía en lo profundo. Era justamente el contacto del fuego que descendía de la boca con el hielo de sus vísceras lo que le provocaba el espantoso dolor que los médicos no creían.

Sucedió el 12 de octubre de un año que no recordaba. Día del descubrimiento de América. Esa noche infortunada, después de pagar y despedir a los trabajadores y de borrar los indicios que pudieran relacionarlo con el tesoro, se quedó solo y con avidez de condenado contó las monedas, acarició las cadenas de oro, las esmeraldas y las perlas del tamaño de arvejas y fantaseó como un niño, jugando con los anillos y las argollas de matrimonio.

Y antes de que la enfermedad le hiciera imposible la vida, Francisco Arana compró espejos de todos los tamaños, vírgenes, retablos, baúles, máscaras, tapices iraníes y mesas vienesas; a lo largo de diez años logró reunir cientos de objetos hermosos e inútiles que expuso como trofeos por todos los rincones de la casa para abonar su prestigio y alimentar su vanidad, y los coleccionó hasta el día en que quiso llorar y escondido detrás de los muebles de la sala, descubrió asombrado que el personal de servicio creía que su castigo era justo y que todos le deseaban una larga vida para que antes de morir alcanzara a sufrir lo merecido.

Ya incapacitado y confinado en su habitación, consiguió tres biombos de madera de sándalo finamente trabajados y provenientes según el anticuario que conocía, de uno de los lugares más sagrados de la India. Los acomodó estratégicamente entre la puerta de entrada y su cama para que nadie le mirara en su estado lamentable.

Tirado en una alfombra marroquí, escondiéndose de la familia, hizo feliz memoria de las emociones que nunca más sintió: rememoró por primera vez en muchos años el roce de las caricias que le regalaron en el zaguán de una casa olvidada, en un barrio desconocido, pero no pudo recordar el nombre de esa mujer que mucho antes de poseer el tesoro, le quitó la camisa y le regó por el rostro y el pecho un trago de vino. Recordó que el hombre de entonces, que poco se parecía a él mismo, sintió el ardor del líquido en la boca, pero borracho como estaba, quedó pasmado y no encontró las palabras justas para defenderse; en cambio, llenó su cuerpo con caricias rápidas, aplicadas con la medida propia del instinto, suficientemente bruscas para que ella se sintiera ofendida y él pudiera tener una excusa para olvidarla fácilmente.

Ahora le quedaba claro que desde entonces vivió equivocado y que después de dejarla había llegado como un castigo la sequía de afectos, la rutina en la cama y la repetición mecánica de todos sus movimientos. Únicamente por culpa suya o a consecuencia de sus actos, ya no importaba confesarlo, esa noche se cerraron las puertas de la felicidad compartida.

Mucho tiempo ha pasado y todo se ha perdido en el camino. Un poco tarde Francisco Arana comprendió que era necesario reconciliarse con ese recuerdo feliz para equilibrar el difícil trago que Alicia Cabrales le ofrecía. Y con el recuerdo de los primeros juegos de amor, al lado de la mujer perdida, su pensamiento saltaba, como un nadador arrojándose desde una plataforma al borde de un acantilado, a las turbulentas aguas de Alicia, quien como siempre lograba disimular sus secretos en la repetición de los espejos. De ese lado estaba el amor perfecto, el disfrute del cuerpo, de este lado del espejo la vergonzosa impotencia y la incapacidad física para hacerla feliz. Quiso entonces devolverse al salón adornado profusamente con figuras de santos torturados, para tocar la textura de los manteles cuyo color azul tenía presente y soñó con escuchar de nuevo los ruidos de la calle, anheló poder identificar al menos la geografía del terreno que lo rodeaba, pero tampoco fue posible. Estaba seguro de que a medianoche pasaban por allí las mulas, perdidas como sonámbulas, buscando sus establos, y recordaba que detrás de ellas venían los arrieros y que, ya de madrugada, cruzaban los borrachos que venían a tropezones desde los bares del centro. Sin embargo, a pesar de tantos detalles impresos indeleblemente en la memoria, el enfermo imaginario también había olvidado llegar a ese lugar.

Con los ojos apretados, escondido de los traidores de su casa, evocó en la yema de los dedos la suavidad de su piel sin maquillaje y los surcos del pelo amarrado atrás con un cordón negro y, afinando el oído, pudo volver a oír su respiración pausada. Recordó, como si fuera ayer, el viento colándose por debajo de la puerta, las campanas a lo lejos, el río y las montañas que parecían amedrentar la ciudad con su volumen de piedra. En su búsqueda descubrió el universo moviéndose en círculos alrededor de un sol destructor, acercándose en cada giro hacia el centro hirviente; comprendió asustado que su cerebro había congelado esos recuerdos para exponerlos sin miramientos en tiempos más difíciles y que justo ahora despertaban, desgarrando los sentidos, atrapándolo como a un animal inocente en una trinchera, con la frente en alto en espera del disparo.

Finalmente, después del esfuerzo agotador, la rescató de su memoria, dormida, con su carne morena expuesta al aire, abandonada en un marco de sábanas blancas, oliendo a vino, con el vaho de su respiración destilando unas palabras con devoción de santa. La vio despertar con la misma edad que tenía entonces, como si algo de muy atrás siguiera intacto y permitiera en un ejercicio milagroso de renovación, que su maltrecha vida fluyera de pronto con inesperado ímpetu, incluso ahora entre las sondas, lavatorios, compresas, remedios caseros, pastillas y grageas, aguas de diferentes yerbas, yerbas de diferentes olores, olores mantenidos en vilo en un desorden de habitación que acusaba la permanencia del dolor y el fracaso rotundo de la ciencia médica. Allí estaba Francisco Arana revolcándose; ahogándose con sus dedos, llorando a moco tendido sin hacer el mínimo ruido que le permitiera a alguien descubrirlo. Así encontró su nombre. Habían pasado cerca de mil años y, justo entonces, el rostro de la mujer olvidada comenzó a perfilarse. De la cuadrícula roja de la alfombra, como de una cueva oscura, surgió la raya de la boca pálida, luego emergió el triángulo de la nariz pequeña y finalmente se le enfrentaron los ojos abiertos y oscuros como carbones húmedos.

Súbitamente el ruido del viento, el repicar y el golpe del agua contra las piedras del río fueron reemplazados por los insultos que guardados durante mucho tiempo, al fin reventaban en la boca de Tristana.